

LA GUERRA DE ESPARTACO

BARRY STRAUSS

La guerra de Espartaco

Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.com>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *The Spartacus War*

mapas e ilustraciones cedidos por Simon & Schuster para la edición española

Diseño de la cubierta: Edhasa basado en un diseño de Jordi Sàbat

© Barry Strauss, 2009

© de la traducción: Carlos Valdés, 2010

© de la presente edición: Edhasa, 2010

Diputación, 262, 2.ª 1.ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es



«Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura».

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: 978-84-350-2764-9

Impreso en Huertas industrias gráficas

Depósito legal: B 9121-2026

Impreso en España

A Josiah Ober y Adrienne Mayor

Índice

Cronología	11
Nota del autor	17
Introducción	19

FUGA

1. El gladiador	31
2. La mujer tracia	51

VENGANZA

3. Los pretores	75
4. Los guías	97
5. El estoico	119

RETIRADA

6. El diezmador	147
7. El pirata	165
8. El pescador	179

HASTA LA MUERTE

9. Las mujeres celtas	197
10. Espartaco	211
11. Los vencedores	231

Conclusión.	245
Principales protagonistas	259
Nota sobre las fuentes	263
Notas.	285
Agradecimientos.	301
Índice onomástico	303

Cronología

- 135-132 a. C. Primera Guerra Servil siciliana
 - 133 Tiberio Graco intenta reformar Roma y es asesinado
- 123-122 Cayo Graco intenta reformar Roma y es asesinado
- 110-104 Guerra con Yugurta
 - 105 Cimbros y teutones aplastan a los romanos en Arausio (Orange, Francia)
- 104-100 Segunda Guerra Servil siciliana
 - 104 Revuelta de Vettio en Capua
- 102-101 Mario derrota dos veces a cimbros y teutones
- 91-88 «Guerra Social», es decir, revuelta de los aliados italianos de Roma
- 88-63 Guerras con Mitrídates
 - 88 Sila marcha sobre Roma y restaura el orden
 - 87 Mario y Cinna toman Roma y masacran a sus oponentes
 - 85 Sila ataca Tracia
 - 82 Batalla de Puerta Collina; Sila masacra a sus oponentes y se convierte en dictador
- 80-72 Revuelta de Sertorio en Hispania

- 79 Muerte de Sila
- Primavera-verano del año 73 Unos gladiadores escapan de Capua, ocupan el Vesubio y derrotan a Glabro
- Verano-otoño del año 73 Sertorio es asesinado por su rival, Perperna
- Otoño del año 73 Espartaco ataca Campania y Lucania, y derrota a Varinio
- Invierno del año 73-72 Los rebeldes ocupan Turi
- Invierno-primavera del año 72 Pompeyo captura a Perperna y termina con la revuelta en Hispania
- Primavera del año 72 Los rebeldes marchan a Mutina y derrotan a los cónsules; los romanos derrotan a Criso
- Verano del año 72 Los rebeldes regresan al sur de Italia
- Otoño del año 72 Craso toma el mando, diezma una cohorte y empuja a Espartaco hacia el sur
- Enero del año 71 Espartaco negocia con unos piratas e intenta cruzar el Estrecho de Mesina
- Febrero del año 71 Espartaco escapa de la trampa de Craso
- Abril del año 71 Última batalla de Espartaco
- Mayo del año 71 Craso crucifica a seis mil rebeldes supervivientes
- Año 70 Bandas de rebeldes atacan Tempsa; el 29 de diciembre Craso celebra su *ovatio*
- Año 60 Octavio aniquila los últimos restos de los seguidores de Espartaco

Nota del autor

Todas las antiguas citas griegas y romanas las he traducido yo mismo, a menos que se indique otra cosa.

Introducción

Lucio Cosinio estaba desnudo. Senador, comandante y segundo al mando del general Publio Varinio, Cosinio solía vestir armadura y una capa roja, ceñida por una fíbula de bronce sobre el hombro derecho. Pero ahora se estaba bañando. Tomar un baño era un lujo en tiempos de guerra, un lujo al que era difícil resistirse tras dirigir la marcha de 2.000 hombres. Puede que, al acercarse al lugar, Cosinio hubiera visto los destellos del estanque en los terrenos de una villa en Salinae («Salinas», situada en una laguna costera cerca de Pompeya). A lo lejos se erguía el Vesubio, por aquel entonces un volcán aún dormido, con verdes laderas cubiertas de pinos y hayas; en sus huertos abundaban manzanas y uvas, que daban un vino bastante bueno para la mesa de un senador, y sus tierras estaban repletas de liebres, lirones y topos que los locales apreciaban como aperitivos.

En el preciso instante en que Cosinio bajaba la guardia, el enemigo se preparaba para atacar. Esclavos, gladiadores y bárbaros fugitivos eran una turbamulta en armas, pero aquel verano ya habían derrotado dos veces a Roma. Su cabecilla era tan astuto como fuerte, tan experto como frío, y pronunciaba palabras capaces de templar incluso a los hombres más apocados. Era Espartaco.

Probablemente sólo hubiese un aviso aquel día; quizás un centurión haciendo sonar la alarma o los gritos de algunos hombres. Cosinio, podemos imaginar, salió de prisa del agua y montó en su caballo antes de que su esclavo terminara siquiera de colocarle de

nuevo la capa. Aun así, los hombres de Espartaco irrumpieron con tanta rapidez en los terrenos de la villa que Cosinio sólo pudo escapar a duras penas. No ocurrió lo mismo con sus provisiones e impedimenta, de las que el enemigo se apoderó y que ahora servirían para alimentar a la fuerza rebelde.

Persiguieron a Cosinio y a sus hombres en su retirada hasta el campamento ubicado cerca de Pompeya. La mayoría de los romanos se convirtieron entonces en nuevos reclutas. Hijos de la abundancia de Italia, no tenían más que un precipitado adiestramiento para prepararlos contra unos salvajes enemigos, algunos de ellos gigantes, pelirrojos y tatuados, y crecidos por el éxito. Pese a las maldiciones y amenazas de sus centuriones, algunos de los reclutas huyeron; los demás se quedaron y fueron masacrados. Todo lo que tenían pertenecía ahora al enemigo, desde su campamento hasta sus armas y armaduras. Lucio Cosinio estaba desnudo de nuevo, pero esta vez también muerto.

Fue en el otoño del año 73 a.C. Tras varios meses de rebelión, las fortunas del Senado y el pueblo de Roma descendían hacia su punto más bajo. Una ciudad que había resistido a los aventureros etruscos, soportado una invasión gala, hecho frente a la carga de Aníbal y aguantado una guerra civil, sobrevivido a los anuales brotes de malaria y medrado hasta alcanzar un poder tal que podía considerarse la capital del mundo, se asustaba ante el avance de un gladiador fugitivo.

Lo que comenzó como una fuga de prisión de setenta y cuatro hombres, armados sólo con hachuelas de cocina y espetones, se había convertido en una revuelta de miles. Y no terminó allí: un año después, la fuerza sumaría alrededor de 60.000 soldados rebeldes. Con una cifra estimada en un millón y medio de esclavos en Italia, los rebeldes alcanzaban cerca del 4 por ciento de la población esclava. Para poner esa cifra en perspectiva, en el siglo XIX los Estados Unidos tenían alrededor de cuatro millones

de esclavos, y la rebelión de Nat Turner en 1831 tan sólo involucró a 200 de ellos.

Roma ya había presenciado rebeliones antes, si bien ésta era diferente. Las revueltas anteriores o bien habían sido relativamente pequeñas, o bien, si eran grandes, habían ocurrido lejos, en Sicilia; pero este enorme ejército había llegado a estar a una semana de marcha de Roma. Ningún extranjero había hecho tanto daño a la campiña italiana desde que Aníbal cruzó los Alpes. Las anteriores revueltas de esclavos se habían formado alrededor de místicos y cabecillas de bandas, no de gladiadores ni ex legionarios romanos. Espartaco tocaba una fibra sensible del alma romana. Ningún otro cabecilla de esclavos rebeldes fue tan recordado o tan temido. Como gladiador, Espartaco pertenecía a un grupo de hombres con licencia para matar, mejor dicho, para matarse entre ellos; los romanos sentían una morbosa fascinación por la arena, pero los gladiadores rebeldes provocaron indignación y después pavor.

Espartaco provenía de Tracia (más o menos la actual Bulgaria), área conocida entre los romanos por sus fieros luchadores y su religión extática, y por su alternancia entre la alianza y la rebelión. Como antiguo soldado aliado al servicio de Roma, Espartaco tendría que haber sido una historia más del éxito romano. En su lugar, se había convertido en el enemigo interno. La mayoría de sus seguidores, tracios, celtas y germanos, eran bárbaros a ojos de Roma. Los anteriores esclavos rebeldes venían de la civilizada Grecia oriental; con justicia o sin ella, los romanos despreciaban su destreza guerrera. Pero temían luchar contra bárbaros.

El paso del tiempo hizo que las cosas empeorasen. Cuando Espartaco comenzó su revuelta, Roma encaraba guerras mayores en los confines de su imperio. Mitrídates, rey de Asia Menor (hoy Turquía), había iniciado en el año 88 a.C. una importante guerra contra Roma que se había extendido a Grecia y a Tracia y que, después de quince años, aún tenía fuerza. Mientras tanto, en His-

pania, el general romano renegado Sertorio dirigía un gobierno secesionista cuyos líderes romanos contaban con el apoyo de un movimiento de resistencia nativo. Por último, y al mismo tiempo, frente a las costas de Creta la flota romana se esforzaba por capturar a los piratas que estaban saqueando las rutas marítimas. Al final Roma derrotaría a todos aquellos contendientes, pero en el año 73 a.C. el resultado aún era incierto.

Al explotar la propaganda con maestría, Espartaco amenazaba con ampliar su base de apoyo. Tocaba aspectos que no sólo atraían a esclavos, sino también a nacionalistas italianos y a seguidores de Mitrídates. Aunque es probable que, al final, su mensaje sólo atrajese a unos pocos hombres libres bajo su estandarte, fue suficiente para asustar a Roma.

La revuelta de esclavos de Espartaco fue la más famosa de la Antigüedad, y podría decirse que también la mayor. Fue una revuelta que subyugó a la Italia del sur, que sorprendió a Roma casi sin defensas en casa, consiguió nueve derrotas de los ejércitos romanos y mantuvo a raya durante dos años al mayor poder militar de la Antigüedad. ¿Cómo fue posible? ¿Por qué lo hicieron tan bien los rebeldes durante tanto tiempo? ¿Por qué fracasaron al final? ¿Y cómo pudo la única superpotencia del mundo consentir que semejante problema persistiera en su propio territorio?

★ ★ ★

Esta historia tenía que ser traducida a imágenes y, por supuesto, así se hizo. En 1960 apareció *Espartaco*, una película épica de Hollywood protagonizada por Kirk Douglas y dirigida por Stanley Kubrick. La película fue entonces un éxito y sobrevive como un clásico. Está basada, con cierta libertad, en una novela superventas de 1951 que escribió Howard Fast tras pasar una temporada en la cárcel por desacato al Congreso durante la era McCarthy. Co-

munista norteamericano que acabó dejando el Partido, Fast, no fue el primer comunista que admiró a Espartaco. Lenin, Stalin y el propio Marx veían en el tracio el modelo del revolucionario proletario. Los revolucionarios marxistas alemanes de 1919 llamaron a su grupo «Liga Espartaquista»; su levantamiento fallido fue legendario. El compositor soviético Aram Khachaturian compuso un ballet sobre Espartaco que le valió el premio Lenin en 1959.

También los revolucionarios no comunistas admiraron a Espartaco. Toussaint l'Ouverture, el héroe de la revolución haitiana, la única revuelta masiva de esclavos con éxito histórico, emulaba a Espartaco. Giuseppe Garibaldi, que luchó para unificar Italia, escribió el prefacio para una novela sobre el tracio. Vladimir Jabotinsky, revolucionario sionista, tradujo esa novela al hebreo. Voltaire, filósofo de la Ilustración francesa, juzgaba la rebelión de Espartaco como quizá la única guerra justa de la historia. Incluso los anticomunistas aprobaban a Espartaco: Ronald Reagan, por ejemplo, lo citaba como ejemplo de sacrificio y lucha por la libertad.¹

Pero aunque Espartaco fuese tema de leyenda, no fue un mito. Sí es, sin embargo, un enigma para nosotros. Espartaco no dejó escritos, como tampoco sus seguidores. Las antiguas narraciones que han sobrevivido provienen de escritores romanos o griegos que escribían desde el punto de vista de los vencedores. Para empeorar las cosas, pocos de esos escritos han sobrevivido, si bien no dejan ninguna duda al respecto: Espartaco fue real.

Plutarco (ca. 40–120 d.C.) y Apiano (ca. 90–160 d.C.) proporcionan los relatos más completos sobre Espartaco que se han conservado, pero son breves, tardíos (entre ciento cincuenta y doscientos años después de la revuelta) y cada uno basado en intereses personales. Aún más breve es la disertación de Floro (ca. 100–150 d.C.), pero sus concisas observaciones resultan muy significativas. Estos tres escritores se basaban en los importantes, pero en su mayor parte perdidos, trabajos anteriores de Salustio (86–35 a.C.) y

Livio (59 a.C.-17 d.C.). Casi nada se conserva de la disertación de Livio sobre Espartaco, aunque contamos con un valioso par de páginas del relato de Salustio sobre la guerra que merece la pena mencionar.

Otros tres contemporáneos de Espartaco comentan brevemente sus actividades: el gran orador Cicerón (106-43 a.C.), el erudito y político Varrón (116-27 a.C.) y Julio César (100-44 a.C.). Muchos otros escritores antiguos mencionaron a Espartaco a lo largo de los siglos, desde el poeta Horacio (65-8 a.C.) a san Agustín (354-430 d.C.), pero añaden poco. Incluso para los patrones de la historia antigua, los relatos sobre la rebelión de Espartaco son escasos.

Sin embargo, hay hallazgos arqueológicos, resultado de búsquedas topográficas, y experimentos de reconstrucción histórica que van desde los combates de gladiadores (sin armas auténticas, desde luego), hasta el trenzado de vástagos de vid para hacer cuerdas, tal como hicieron los hombres de Espartaco para descender del Vesubio. Monedas, frescos, proyectiles de honda y fortificaciones dan fe del recorrido de los rebeldes por la campiña italiana. Los huesos de un cementerio de gladiadores en Turquía revelan secretos de su instrucción y sugieren la agonía de sus muertes. Tumbas, santuarios y ciudades, placas y pinturas, todos nos llevan más allá de los estereotipos sobre los bárbaros de los textos griegos y romanos. Por último, la esclavitud romana cobra vida a través de pinturas en las paredes, cadenas, edificios de subastas, habitaciones y prisiones de esclavos.

La historia de Espartaco es, en primer lugar, una historia de guerra: el caso clásico de una insurgencia encabezada por un genio en tácticas de guerrilla, y de una contrainsurgencia encabezada por un poder convencional que, lenta y dolorosamente, aprendió cómo vencer al enemigo en su propio juego. *La guerra de Espartaco* es además el relato de un conflicto étnico. Espartaco era tracio, pero muchos de sus hombres eran celtas, orgullosos, independientes y

beligerantes. Las divisiones tribales convirtieron a los rebeldes en grupúsculos enfrentados que ignoraban a su jefe. La marcha por la libertad degeneró en guerra de bandas, y como sucede muy a menudo en la historia, la revolución fracasó.

La historia de Espartaco es también una historia de amor y una cruzada. Espartaco tenía una esposa o amante; su nombre no quedó registrado. Sacerdotisa de Dioniso, esta acompañante sin nombre predicaba un mensaje enardecedor. Recurría a una teología de la liberación que ya antes había encendido las primeras revueltas de esclavos en Roma y que aún atizaba la guerra antirromana que había ardido durante quince años en el Mediterráneo oriental. Espartaco tenía una misión divina.

La guerra de Espartaco es además una historia sobre política de la identidad. Rebelde enfrentado a Roma, Espartaco era más romano de lo que él mismo creía y, desde luego, más romano de lo que los romanos podían admitir. Aterrorizaba a Roma no sólo porque fuera extranjero, sino porque resultaba familiar.

Espartaco era un soldado que había servido a Roma, y puede que su comportamiento hiciera a los romanos acordarse de sus héroes. Como Marcelo, quizás el general más valeroso de Roma, ansiaba matar al comandante enemigo con sus propias manos. Como Cicerón, era un orador. Como Catón, era un hombre de gustos sencillos. Al igual que los Gracos, era partidario de compartir la riqueza con sus hombres. Como Bruto, luchaba por la libertad.

Como el romano más ambicioso de todos ellos, afirmaba tener una relación personal con un dios: al igual que César, Espartaco era un hombre con un destino. Apenas acababa de morir, y ya los hombres empezaron a soñar con el regreso de Espartaco. El Espartaco humano había sucumbido al poder de Roma; la leyenda aún podría derrocar imperios.

La guerra de Espartaco es también una historia sobre la complejidad de las revueltas de esclavos. No sabemos si quiso abolir

la esclavitud, pero, si fue así, apuntó por lo bajo. Él y sus hombres sólo liberaron a gladiadores, granjeros y pastores. Evitaron a los esclavos urbanos, un grupo más blando y elitista que los trabajadores rurales. Reunían a los esclavos no sólo al grito de libertad, sino también con alusiones al nacionalismo, a la religión, a la venganza y a la riqueza. Otra paradoja: puede que fueran libertadores, pero los rebeldes trajeron la ruina. Devastaron la Italia del sur en busca de comida y disturbios.

Al final, la historia retorna a Espartaco. ¿Quién fue? ¿Qué quiso? Nuestras respuestas deben basarse menos en lo que Espartaco decía, sobre lo que conocemos poco, que en lo que hizo. Por necesidad, debemos ser especulativos. Pero también podemos ser prudentes en nuestras especulaciones, pues los actos de Espartaco hablan en voz alta y cuadran con los patrones intemporales de insurgencias y levantamientos, como los desarrollaron los implicados en su caso.

Roma era grande, fuerte y lenta; Espartaco era pequeño, entusiasta y rápido. Roma era vieja y estaba anclada en sus costumbres; Espartaco era un innovador. Roma era pesada, mientras que Espartaco era ágil. Los romanos sufrieron gravemente por las emboscadas de este tracio, sus movimientos nocturnos, sus repentinos cambios de dirección y sus ataques en movimiento a los flancos, a los que finalmente renunciaron para retirarse estratégicamente. Insistieron en aislar a sus fuerzas y privarlas de alimento antes de querer enfrentarse en combate.

Las fuentes antiguas describen a un hombre pasional, con sed de libertad y ansias de venganza. Las acciones de Espartaco cuentan una historia diferente. No fue un impetuoso, sino más bien un hombre de emociones controladas. Espartaco fue un político que intentaba mantener unida una coalición que escapaba constantemente al control. Bien por naturaleza, bien por instrucción, fue un hombre que cuidó su imagen. Su mayor apoyo era su pro-

pio cuerpo, aunque Espartaco empleaba muchos símbolos para conformar su imagen, desde una serpiente a su caballo. El culto a la personalidad contribuyó a atraer a miles de seguidores, pero al precio de arrastrarlos al engaño de la invencibilidad.

Espartaco era tracio, y en Tracia guerrear era la profesión más honorable. El nombre «Spartacus» (equivalente latino a «Sparadakos») puede traducirse como «famoso por su lanza». Los tracios eran maestros del caballo, que los hacía rápidos, móviles y del todo diferentes a los romanos, soldados de infantería natos con poco talento para la caballería. Los tracios tenían genio para la guerra de guerrillas. Perfeccionaron la armadura ligera para los soldados de a pie y las tácticas de ataque y huida, a las que los romanos, pesadamente armados, eran vulnerables. Además, gracias a su servicio en una unidad auxiliar del ejército romano, Espartaco también había sido instruido en la guerra convencional.

Cuando se trata de los romanos, las evidencias de las que disponemos son mejores, si bien todavía limitadas. Los romanos estaban constreñidos por estrategias de contrainsurgencia ya establecidas. Tenían que localizar, aislar y erradicar a un enemigo que evitaba entrar en batalla, al tiempo que los acosaba mediante tácticas no convencionales. Conseguirlo requería lograr superarlo en inteligencia, lo que a su vez exigía el conocimiento del lugar. Aun así, si bien los romanos nunca adoptaron la estrategia de ganarse el apoyo popular, mostraron más entendimiento al tratar con los locales de lo que podríamos esperar.

Pero los romanos tenían en mente muchas más cosas que Espartaco. En el año 73 a.C., Roma era una ciudad con cicatrices. Italia era una península dividida entre Roma y sus no siempre bien dispuestos aliados. Con el paso de los siglos, Roma había conquistado la mezcolanza de pueblos de Italia, incluidos los griegos, etruscos, samnitas, lucanos y brucios. Hubo muchas tensiones y, dos décadas antes, estos últimos se habían levantado en rebelión

(91-88 a.C.). La Guerra Italiana (también llamada Guerra Social, es decir, guerra de los *socii*, término latino para «aliados») supuso tres años de sangrientas batallas y asedios antes de que Roma restaurara la paz, y sólo al precio de otorgar la ciudadanía a todos los aliados. Especialmente en el sur, algunos italianos mantuvieron su resentimiento y su obstinación. A la Guerra Italiana siguió una guerra civil entre los seguidores de Sila y los herederos de su difunto enemigo, Mario. Venció Sila y sirvió a Roma como dictador; pero tras su retiro en el año 79 y su muerte un año después, la guerra civil brotó de nuevo en el 77. Italia estaba en paz en el año 73 a.C., pero desprovista de sus legiones en el caso de que volviesen a surgir problemas: habían sido enviadas a combatir a los muchos enemigos exteriores de Roma.

La campaña italiana incluía una gran población de esclavos, que a menudo huían y que a veces se alzaban en una rebelión armada. En el año 73 a.C., la Italia romana era, en resumen, un bosque reseco en una ola de calor estival. Espartaco encendió la yesca.

FUGA

Capítulo 1

El gladiador

Espartaco era un gladiador de peso pesado, de los denominados *murmillo*.¹ Este hombre «de fuerza y temple enormes», como rezan las fuentes, tenía unos treinta años.² Los *murmillones* eran hombres grandes que en la arena portaban entre dieciséis y dieciocho kilos entre armas y armadura. Luchaban descalzos y con el pecho descubierto, dejando lo más a la vista posible los tatuajes con que los tracios como Espartaco embellecían orgullosos sus cuerpos. Todos los *murmillones* llevaba un casco de bronce, un taparrabos sujeto por un cinturón y varias protecciones para brazos y piernas. Portaban un gran escudo rectangular (*scutum*), y blandían una espada de hoja ancha y recta, de unos 45 centímetros de largo, llamada *gladius*; era la clásica arma del gladiador. Era también el arma típica de un legionario romano.

Aunque nada sabemos del historial de Espartaco en la arena, podemos imaginarlo enzarzado en combate una tarde cualquiera. Tan aficionados eran los romanos a los juegos, que han dejado montones de evidencias sobre éstos, y reconstrucciones históricas recientes mejoran la escena. Sabemos, por ejemplo, que Espartaco habría luchado sólo contra un hombre cada vez, pese a las imágenes de luchas en masa de Hollywood. Los gladiadores reales luchaban en parejas, escogidas cuidadosamente para ofrecer una contienda apasionante, aunque sin larga vida para los contendientes.

Un *murmillo* como Espartaco nunca luchaba contra otro *murmillo*; en vez de eso, solía enfrentarse a un *thraex*. *Thraex* significa «tracio», si bien Espartaco no representaba a su país en la arena: quizá su amo temiese despertar el orgullo nacional de su esclavo. El *thraex* era también un peso pesado, pero tenía que ser más rápido y ágil. Sus armas y su armadura eran parecidas a las del *murmillo*, pero el *thraex* llevaba un escudo pequeño (*parmula*) que lo hacía más ligero y le permitía una mayor movilidad. El *thraex* también blandía una espada curva (*sica*), como la que usaban los tracios en la batalla.

Los enfrentamientos de gladiadores solían comenzar con un calentamiento con armas de madera. Después entraban los «hierros afilados» y se probaban para asegurarse de que cortaban como cuchillas.³ Entre tanto, Espartaco y su oponente se preparaban para morir, pero sin saludar al patrocinador de los juegos. El famoso grito de «¡Los que van a morir te saludan!» fue, por lo que sabemos, una excepción poco frecuente y más tardía. En su lugar, el enfrentamiento solía comenzar con una señal de la *tibia*, un instrumento de viento parecido al oboe.

La contienda se desarrollaba con una combinación de elegancia y brutalidad. Los gladiadores atacaban, pero pocas veces hacían chocar sus espadas, pues las hojas eran demasiado cortas. En vez de eso, lanzaban estocadas y se protegían con sus escudos, empujando a su oponente hacia atrás, haciendo que avanzara o, con el escudo colocado horizontalmente, golpeándolo con el borde de éste. El estruendoso golpear de los escudos, más que el choque metálico de las espadas, era lo que destacaba en el sonido del combate.

Con su *scutum* de siete kilos, un fuerte *murmillo* podía golpear con más fuerza, pero un rápido *thraex* podía asestar más golpes en veloz sucesión con su *parmula* de tres kilos. A sabiendas del daño que podía causar la espada curva del *thraex*, Espartaco protegía su flanco. Lo más probable es que intentara mantener la batalla en un eje vertical, adelantando constantemente su hombro y su pier-

na izquierdos, privando así a su enemigo de un descubierto en el flanco, al mismo tiempo que mantenía la presión. Sostenía su escudo cerca del cuerpo para evitar que el *thraex* lo golpeará con su *parmula* y lo desequilibrara. De vez en cuando, Espartaco adelantaría su escudo en un golpe repentino y poderoso para que el *thraex* perdiera el equilibrio.

Mientras tanto, y privado del flanco de Espartaco, el *thraex* podía esquivar y arremeter contra la desprotegida pierna derecha de Espartaco. Incluso podría haber intentado el movimiento más difícil de saltar, describiendo un arco con su brazo derecho por encima del borde del escudo de Espartaco, y darle una estocada con su curvada *sica*. Sin embargo, si estas letales maniobras hubieran fallado, habrían ofrecido a Espartaco una inesperada apertura. El movimiento inteligente para éste habría sido amagar, tentando de esta forma al *thraex* a que le lanzara una estocada, para encontrar a Espartaco listo para protegerse y asestar una respuesta mortal.

Durante una lucha, muy a menudo un golpe sesgado llegaba a su destino y dejaba a un hombre sangrando, pero sin heridas de gravedad. Cargado de adrenalina, tendría que seguir luchando, por muy magullado, cansado y sudoroso que estuviera, y continuar al mismo tiempo pensando con frialdad, cambiando siempre sus tácticas. Aunque, al parecer, la mayoría de los encuentros sólo duraban entre diez y quince minutos, no existía límite de tiempo; el combate continuaba hasta que un hombre vencía. Mientras, cada luchador tenía que abstraer su mente de los ruidos de la multitud y de los instrumentos de metal que acompañaban la contienda, y concentrarse exclusivamente en el combate. Además, tenía que intentar mantener las reglas en mente de alguna manera. No todo era válido en los encuentros de gladiadores. Un árbitro (*summa rudis*) y su asistente (*secunda rudis*) hacían valer el reglamento. La regla más importante para un luchador era apartarse después de haber herido a un oponente.

Imaginemos que Espartaco había desestabilizado a su oponente, le había arrancado el escudo de la mano con un golpe y le había herido en el brazo. Entonces, tendría que separarse del hombre herido. Acabar o no con el *thraex* no dependía de un gladiador o de un árbitro: era decisión del productor de los juegos (*editor*).

El productor, a su vez, solía preguntar al público. La decisión acerca de un luchador caído era el momento de la verdad. Si a la multitud le gustaba el gladiador vencido y consideraba que había luchado bien, exigiría que se le dejara marchar. Pero si pensaban que el perdedor merecía morir, no se reprimirían a la hora de gritar: «¡Mátalo!». Hacían un gesto con sus pulgares, pero era el contrario del que creemos hoy: los pulgares hacia arriba significaban la muerte.

En ese caso, se esperaba que el perdedor se arrodillara (si sus heridas se lo permitían) mientras el vencedor asestaba el golpe de gracia. En el momento en que el perdedor «encajaba el hierro», como se solía decir, la multitud gritaría: «¡Lo encajó!». El cadáver era transportado en una camilla a la funeraria. Allí era degollado como medida de precaución contra las derrotas amañadas. A continuación, lo enterraban.

Mientras tanto, Espartaco subiría a la plataforma del ganador para recibir sus premios: una suma de dinero y una rama de palma. Aun siendo esclavo, se le permitía conservar el dinero. Tras descender del podio, agitaría la rama de palma alrededor de la arena mientras la recorría, corriendo la vuelta de la victoria, y recibiría la aprobación de la multitud.

Era una insólita escuela para la revolución: luchas como ésta templaron la sangre de los hombres que empezarían la revuelta de esclavos más salvaje del mundo antiguo.

Espartaco vivió y se instruyó en las barracas de gladiadores que poseía Cneo Cornelio Léntulo Vatia. Vatia era un *lanista*, un empresario que compraba y entrenaba a hombres que después alquilaba a los productores de los juegos de gladiadores. El negocio de Vatia estaba situado en la ciudad de Capua, asentada a unos 24 kilómetros al norte de Nápoles.⁴ Se trata de una parte de Italia famosa por su clima, aunque no parece probable que Espartaco disfrutara de sus trescientos días de sol al año.

El tracio había llegado a Capua desde Roma, es posible que a pie, con certeza encadenado y es probable que enganchado a los hombres que iban con él. En Roma había sido vendido como esclavo a Vatia. Imaginemos una escena como la de la venta de esclavos esculpida en una lápida de Capua en el siglo I a.C., que posiblemente indicara la tumba de un comerciante de esclavos.⁵ El esclavo está de pie en un pedestal, o algo más parecido a una tarima de madera para subastas, desnudo excepto por un taparrabos, práctica común en los mercados de esclavos romanos. También era común marcar con tiza los pies del esclavo. Barbudo y ancho de hombros, con sus largos brazos colgando a los lados, el esclavo del bajorrelieve parece adecuado para el trabajo duro. Y el artista utiliza la desproporción en los tamaños para sugerir desigualdad de poder, pues hace al esclavo más pequeño que los libertos que tiene a ambos lados.

Puede que la primera visión de Capua para Espartaco no fuera ni sus murallas ni sus templos, sino su anfiteatro. El edificio se alzaba fuera de las murallas de la ciudad y justo al noroeste de ellas, junto a la Vía Apia. La estructura tenía la forma chata y austera que correspondía a lo que era, uno de los primeros anfiteatros de piedra de Italia. Construido durante la República tardía, habría proporcionado a Espartaco su primera impresión de la ciudad.

La mayor parte de la vida del tracio había transcurrido en los despejados llanos y las ventosas colinas de los Balcanes, pero ahora